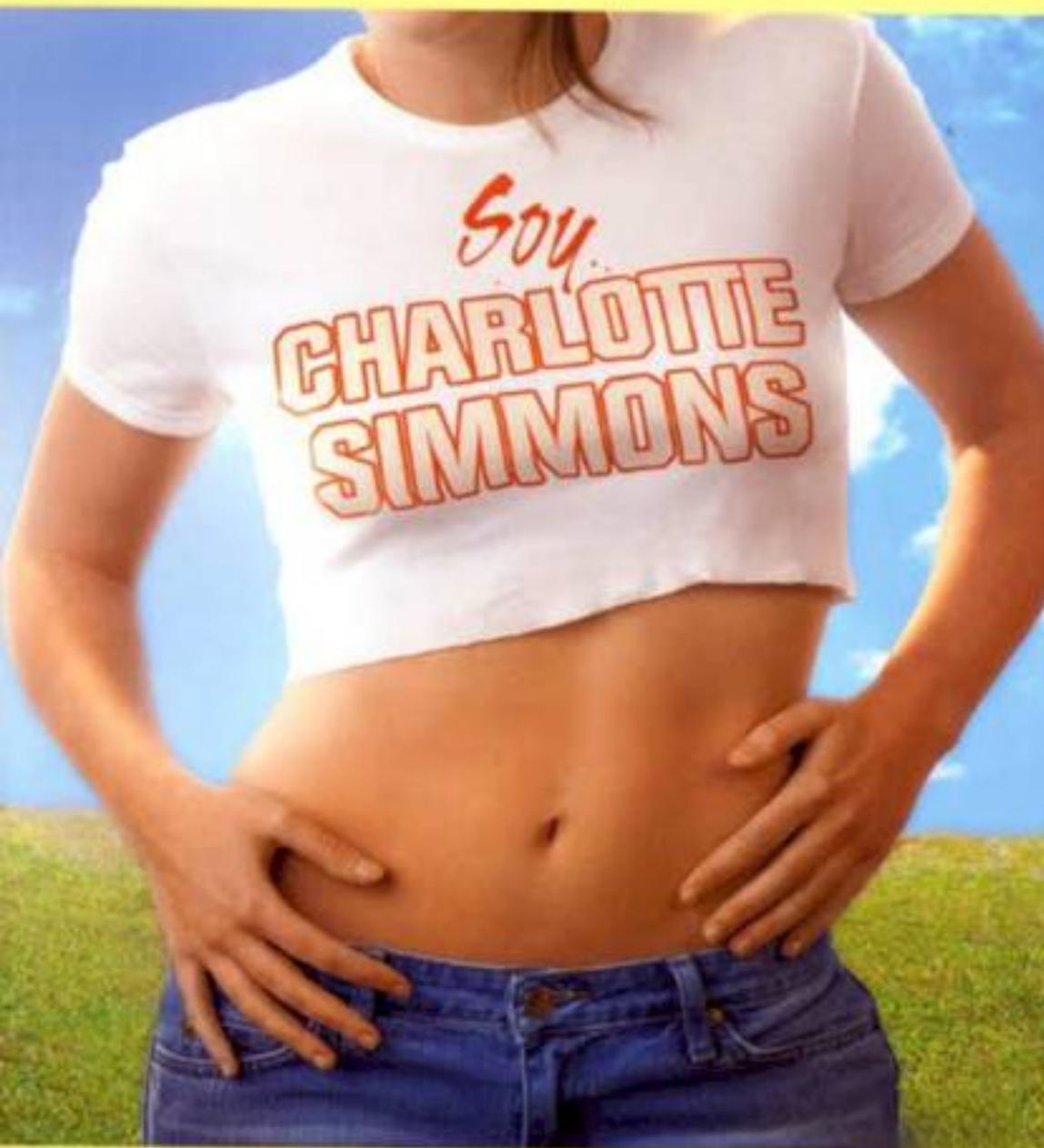


TOM WOLFE



Charlotte Simmons, una brillante estudiante de la diminuta y puritana población de Sparta, en Carolina del Norte, obtiene una beca para estudiar en la prestigiosa y selecta Universidad de Dupont, en Pensilvania. Charlotte, que deja atrás el mundo de granjeros pueblerinos aficionados a mascar tabaco y trasegar cerveza, no tarda en descubrir que el espíritu de Dupont se parece más al de Sodoma que al de Atenas, y que el sexo, las drogas y el alcohol desempeñan un papel mucho más destacado que el saber y los libros de texto. La virginal estudiante de provincias inicia una alocada carrera sexual que la lleva a relacionarse con lo más selecto del campus.

Una visión mordaz del mundo de las universidades estadounidenses de élite, con sus deportistas mimados, sus genios becados y sus líos de dormitorio, así como sus conflictos de raza y clase.

A mis dos universitarios

Habéis sido para mí una alegría, una sorpresa y un motivo de admiración en todas y cada una de las etapas de vuestras jóvenes vidas, por lo que supongo que no debería asombrarme lo que habéis hecho por mí y por este libro. Sin embargo, no puedo evitarlo, y dedicároslo es apenas susurraros mi gratitud. Os entregué el original con la esperanza de que evaluarais el uso del vocabulario estudiantil y no me defraudasteis. Gracias a vosotros descubrí qué expresiones delatan la edad avanzada de quien las utiliza, cuáles son coto casi exclusivo de las chicas y qué otras desprenden tal tufillo a parodia que están desapareciendo por momentos. Y todo eso se suma a las muchas ocasiones en que me rescatasteis cuando me metí en camisas de once varas con mis intentos de utilizar la jerga universitaria actual. Lo que no me habría imaginado jamás es que fuerais capaces (para mí habría sido imposible a vuestra edad) de distanciaros para contemplarlo todo con perspectiva y señalar el funcionamiento de la naturaleza humana en general y el funcionamiento esotérico de la categoría social en particular. Y digo «esotérico» porque en muchos casos se trataba de aspectos de la vida que habitualmente no se considerarían en absoluto sociales. Gracias a vuestro poder de abstracción, vuestro padre sólo tuvo que volver a armar el material acumulado durante sus visitas a distintos recintos universitarios de todo el territorio estadounidense. La mejor manera de expresar lo que siento por vosotros dos es un largo abrazo.

Vos saluto

Muchas personas de gran generosidad me han ayudado a reunir información para este libro: estudiantes universitarios, deportistas, entrenadores, docentes, antiguos alumnos y adláteres, así como los habitantes de un edén situado en las montañas Azules de Carolina del Norte, en el condado de Alleghany. Si fuera posible, les daría las gracias a todas y cada una personalmente en estas líneas. Sí debo mencionar sin falta a algunas de ellas, que hicieron todo lo que estaba en su mano y más para ayudarme:

En el condado de Alleghany: a Mack y Cathy Nichols, cuya comprensión y minuciosidad resultaron magníficas; a Lewis y Patsy Gaskins, que me mostraron las extraordinarias granjas de abetos del condado, en una de las cuales crecían más de quinientos mil árboles, y al cortés personal del Instituto de Secundaria Alleghany y de la Cámara de Comercio de Alleghany.

En la Universidad de Stanford: al mandamás de Ciencias de la Información, Ted Glasser; a Jim Steyer, autor de *The Other Parent*; a Gerald Gillespie, gran autoridad en Literatura Comparada; al estudioso de Mallarmé, Robert Cohn y a los jóvenes astros académicos Ari Solomon y Robert Royalti así como a sus séquitos estudiantiles.

En la Universidad de Michigan: al maestro de Teoría de la Comunicación Mike Traugott y a Peaches Thomas, que permitió a un incauto adentrarse precipitadamente en cierta vida nocturna universitaria a la que no debería acercarse nadie con dos dedos de frente.

En Chapel Hill: a Connie Eble, lexicóloga especializada en jerga universitaria y autora de *Slang and Sociability*; a Dorothy Holland, cuya obra *Educated in Romance* abrió camino en la antropología de los universitarios estadounidenses; a Jane D. Brown, conocida por *Media, Sex and the Adolescent*, y a dos estudiantes especialmente perspicaces, los exalumnos Francés Fennebresque y David Fleming.

En Huntsville (Alabama): a Mark Noble, asesor deportivo famoso por evaluar, preparar y tratar a jugadores de la Primera División Universitaria y profesionales; a Greg y Jay Stolt y a su hijo Greg, figura del equipo de baloncesto de la Universidad de Florida que actualmente juega como profesional en Japón, y al pintoresco consejero de Hunstville Doug Martinson.

En Gainesville (Florida): a Bill McKeen, decano de la Facultad de Periodismo, autor de *Highway 61* y llave de acceso a los lugares más de moda de la vida estudiantil, entre ellos «el Pantano», un estadio de fútbol americano bajo cuyas tribunas palpita toda una ciudad.

En Nueva York: a Jann Wenner, que una vez más me guio por el valle de sombras de la literatura tediosa, y al abogado Eddie Hayes («¡Que me traigan a Hayes!»), que leyó gran parte del original. *In domo*: a mi adorada Sheila, *scribere iussit amor*, en palabras de Ovidio. *Scripsi*.

TOM WOLFE

Victor Ransome Starling (EE.UU.)

Galardonado en 1997, Biología. En 1983, a los veintiocho años, siendo profesor ayudante de Psicología en la Universidad de Dupont, Starling llevó a cabo un experimento con treinta gatos a los que un colaborador y él extirparon la amígdala, una masa de sustancia gris de forma almendrada situada en la parte anterior del lóbulo temporal del cerebro cuya función es controlar las emociones de los mamíferos superiores. Era bien sabido que la intervención provocaba que los animales demostraran estados afectivos impropios; es decir, aparecía aburrimiento cuando debía existir miedo, o se hacían un ovillo en lugar de limpiarse el pelaje, o se excitaban sexualmente cuando nada habría estimulado a un animal intacto. Sin embargo, los gatos amigdalectomizados de Starling entraron en un estado de excitación sexual hipermaníaco en grado sumo. Los animales intentaban copular con tal frenesí que un gato montado sobre otro era a su vez montado por un tercero, y éste por otro, y así hasta crear cadenas de hasta tres metros de longitud.

Starling pidió a un colega que observara el experimento. Los treinta gatos amigdalectomizados y otros treinta intactos utilizados como grupo de control se alojaban en jaulas situadas en la misma sala, a razón de ejemplar por jaula. Starling empezó a abrirlas para que los animales amigdalectomizados se reuniesen. El primer gato liberado saltó de inmediato sobre el visitante, se le aferró al tobillo con las patas delanteras y empezó a agitar la pelvis convulsivamente contra su zapato. Starling conjeturó que el animal habría olido el cuero y, en plena excitación, confundido el calzado

con un animal compatible. Ante aquellas palabras, su colaborador apuntó: «Pero, profesor Starling, si es uno de los sujetos de control.»

En aquel momento se produjo un descubrimiento que desde entonces ha alterado radicalmente la concepción de la conducta animal y humana: la existencia (podríamos decir que generalizada) de «paraestímulos culturales». Los sujetos de control habían tenido la oportunidad de observar a sus compañeros amigdalectomizados desde sus jaulas a lo largo de varias semanas y habían sufrido una inmersión tan absoluta en aquel entorno de obsesión sexual hipermaníaca, que la conducta provocada por vía quirúrgica en los ejemplares operados se había inducido en los demás sin ningún tipo de intervención. Starling había descubierto que una atmósfera social o «cultural» de gran intensidad, aunque fuera tan anormal como aquélla, podía modificar con el tiempo las respuestas determinadas genéticamente de los animales sanos. Catorce años después, se convirtió en el vigésimo docente de la Universidad de Dupont en obtener el premio Nobel.

MCGOUGH, Simón y SLOANE, Sebastian J.R. (ed.):
The Dictionary of Nobel Laurates, 3.a ed., Oxford y
Nueva York: Oxford University Press, 2001, p. 512.

Prólogo: Un alumno de Dupont

Cada vez que se abría la puerta de los servicios, la embestida amplificadora de Swarm, el grupo que ofrecía un estruendoso concierto en la sala de actos del piso superior, entraba a tumba abierta y resonaba en todos los espejos y superficies de cerámica hasta doblar su volumen. Pero entonces un muelle hidráulico cerraba la puerta, Swarm se desvanecía y se oía de nuevo a los estudiantes ebrios de juventud y cerveza soltando gracias, o al menos hablando a voz en cuello mientras permanecían delante de los urinarios.

A dos de ellos les parecía de lo más divertido pasar la mano una y otra vez por delante de los detectores electrónicos que ponían en funcionamiento las cisternas. Uno le dijo al otro en tono de exclamación:

—¿Cómo que zorra? ¡Si me dijo que estaba revirgada!

Los dos se partieron de risa.

—¿De verdad te dijo eso? ¿Revirgada?

—¡Sí! ¡Revirgada, o virgen rediviva, algo así, tío!

—¡Igual se cree que ése es el efecto de la píldora del día siguiente!

Renovadas carcajadas. Habían llegado a esa fase de la noche universitaria en que cualquier comentario resulta devastadoramente divertido si se suelta a gritos.

Los urinarios seguían expulsando agua, los chicos seguían desternillándose ante sus respectivos ingenios y en alguno de los cubículos de la larga hilera de retretes alguien estaba vomitando. Se abría la puerta y Swarm entraba otra vez a la carga.

Nada de ello distraía al único alumno que en ese momento se encontraba delante de la hilera de lavabos. Su atención estaba absorta en lo que veía en el espejo, que no era sino su propio rostro, blanco y atractivo. En el interior de su cabeza soplaba un vendaval. Le gustaba. Enseñó los dientes. Nunca los había visto así. ¡Tan uniformes! ¡Tan blancos! Vibraban de pura perfección. Y la mandíbula recta... la barbilla con esa hendidura perfecta... el cabello tupido y de un castaño pajizo... esos brillantes ojos color avellana... ¡Todo eso era suyo! Ahí mismo, en el espejo... ¡Era él! De súbito tuvo la sensación de ser otra persona que se miraba por encima del hombro. Su primera encarnación estaba hipnotizada por su propio atractivo. En serio. Y la segunda analizó el rostro del espejo con distanciamiento y objetividad antes de llegar a la misma conclusión: estaba de muerte. Luego los dos se examinaron los brazos allí donde salían de las mangas del polo. Se puso de lado y flexionó uno para que resaltara el tríceps. «Qué cachas estás», coincidieron sus dos encarnaciones. No se había sentido tan feliz en toda su vida.

No sólo eso, sino que estaba a punto de realizar un profundo descubrimiento que tenía que ver con el hecho de que una persona contemplara el mundo a través de dos pares de ojos. Ojalá fuera capaz de fijar ese momento en la mente y recordarlo para ponerlo por escrito al día siguiente. Pero no, esa noche, con todo el barullo que tenía en la cabeza, le resultaba imposible.

—¡Eh, Hoyt! ¡Pasa!

Apartó la mirada del espejo y apareció Vanee con su mata de pelo rubio tan despeinado como siempre. Eran de la misma hermandad; de hecho, Vanee era el presidente. A Hoyt le sobrevino un impulso acuciante de contarle lo que acababa de descubrir y abrió la boca, pero no dio con las palabras y no emitió sonido alguno, de modo que volvió las palmas de las manos hacia arriba, sonrió y se encogió de hombros.

—¡Tienes buena pinta, Hoyt! —aseguró Vanee camino de los urinarios—. ¡Muy buena pinta!

Hoyt cayó en la cuenta de que en realidad le estaba diciendo que parecía borracho de cuidado, pero, en el estado sublime en que se encontraba, ¿acaso tenía la menor importancia?

—Eh, Hoyt —dijo Vanee, ya delante del urinario—. Te he visto arriba, comiéndole la oreja a esa putilla. Dime la verdad. ¿Seguro, pero seguro, que te parece que tiene un polvo?

—¿Quién mlaiba poner ms dura? —farfulló Hoyt, intentando decir «¿Quién me la iba a poner más dura?», y de pronto cayó vagamente en la cuenta de lo maltrecho que estaba.

—¡Y además veo que riges, tío! —repuso Vanee. Centró la mirada en el urinario, pero al punto se volvió hacia Hoyt y añadió con toda seriedad—: ¿Sabes qué? Para mí que estás hecho una mierda, Hoyt. Me parece que es hora de volver a casita antes de que los plomos se te fundan del todo.

Su amigo puso una objeción incoherente, aunque sin mucho empeño, y poco después salían del edificio.

Era una tibia noche de mayo, con brisa agradable y una luna llena cuya luz daba justo el tono crepuscular necesario para que se viese la curiosa techumbre ondulada de la sala, conocida oficialmente en la universidad como Auditorio Phipps, una de las famosas creaciones modernas de la década de 1950 del arquitecto Eero Saarinen. La entrada, rebosante de luz, proyectaba un sendero ígneo que cruzaba una explanada e iba a morir sobre una hilera de plátanos en el umbral de otro de los grandes motivos de orgullo del recinto universitario, el Bosquecillo. En el momento mismo de fundar la Universidad de Dupont ciento quince años atrás, Charles Dupont, magnate del tinte artificial y coleccionista de arte (sin parentesco alguno con los Du Pont de Delaware), había imaginado un auténtico bosquecillo académico por el que los estudiantes de cualquier edad pudie-

ran dar paseos contemplativos. Encargó el proyecto al legendario paisajista Charles Gillette. Los ejemplos del genio de Gillette abundaban por el recinto, empezando por el Patio Mayor, en su mismo centro, y siguiendo por los claustros de los colegios residenciales más antiguos, un jardín botánico, dos parterres con cenadores y varios aparcamientos tachonados de árboles, pero por encima de todo destacaba aquella obra maestra arbórea, el Bosquecillo, cuyo arte-ro diseño no permitía intuir siquiera que Dupont estaba prácticamente rodeada por las barriadas negras de una ciudad tan grande como Chester (Pensilvania). Gillette había hecho que ubicaran cada árbol, cada reparo, cada arbusto y cada parra, cada claro cubierto de hierba, cada planta perenne, con todo primor, y así se habían mantenido durante casi un siglo. Abrió senderos que serpenteaban por sus terrenos para los paseos contemplativos, pero sin embargo, y aunque la práctica estaba desaconsejada, los estudiantes tenían por costumbre caminar por mitad de este triunfo del paisajismo estadounidense, tal como hacían en aquel momento Hoyt y Vanee bajo el resplandor de una oronda luna llena.

El aire fresco y la tranquilidad de las hileras de enormes árboles empezaron a aclarar las ideas a Hoyt, al menos en cierta medida. Tenía la sensación de estar en esa maravillosa intersección de la gráfica de la borrachera en que la línea ascendente ha llegado tan arriba como cabía esperar, sin hacer que la capacidad de razonamiento y coherencia se desplome hasta desaparecer del diagrama: el punto exquisito del perfecto equilibrio tóxico. Estaba convencido de tener otra vez la capacidad de pronunciar una frase coherente y hacerse entender, y el maravilloso vendaval seguía soplando en el interior de su cabeza.

Mientras atravesaban el bosque camino del paseo Ladding y el centro del campus no dijo gran cosa, porque estaba intentando fijar en la memoria aquel momento ante el espejo, pero el instante mágico no hacía más que zafarse...

zafarse... zafarse... y, sin darse cuenta, le brotó una idea completamente distinta en el cerebro, como una burbuja. Era el Bosquecillo... el Bosquecillo... el famoso Bosquecillo que proclamaba el nombre de Dupont y te hacía sentirlo en los huesos, lo que a su vez suponía que esos huesos fueran infinitamente superiores a los de todos los estadounidenses que no habían estudiado en Dupont. «Soy alumno de Dupont», se dijo. Echó de menos al escritor capaz de inmortalizar esa sensación: la exaltación que prendía en su sistema nervioso central cuando conocía a alguien y de inmediato se las ingeniaba para introducir en la charla alguna indicación aparentemente fortuita de que iba a la universidad, y entonces esa persona le preguntaba (inevitablemente): «¿A cuál?» Y él, sin el menor aspaviento y en tono tan neutro como le era posible, respondía: «A Dupont.»

Y luego observaba la reacción. Unos, grupo en el que estaban por lo general las mujeres, se mostraban admirados, sonreían, se les iluminaba la cara y decían: «¡Ah! ¡Dupont!» Otros, en su mayoría hombres, se ponían tensos e intentaban evitar que su cara delatase lo impresionados que estaban, y decían: «Ya.» O bien: «Humm.» O nada en absoluto.

No estaba seguro de con qué disfrutaba más. Todo el mundo, hombre o mujer, que formara parte en esos momentos, como era su caso, del alumnado de la Universidad de Dupont, o que hubiera obtenido una licenciatura en la Universidad de Dupont, conocía esa sensación, atesoraba esa sensación, buscaba de un modo u otro disfrutar de esa sensación a diario siempre que le fuera posible, ahora y durante el resto de su vida, y sin embargo nadie había expresado con palabras esa sensación, y desde luego ningún alumno de Dupont (ni ninguna alumna, si a eso vamos) había intentado nunca describírsela de viva voz a nadie, ni siquiera a otros miembros de tan selecta aristocracia. Después de todo, no eran tan necios.

Paseó la mirada por el Bosquecillo. Los árboles eran siluetas encantadas bajo una dorada luna llena. El vendaval seguía soplando alegremente, alegremente, y (un fogonazo de inspiración) comprendió que sería él quien lo pondría todo por escrito. Estaba convencido de tener madera de escritor. Nunca había dispuesto de tiempo para escribir nada aparte de trabajos académicos, pero de repente tuvo la certeza de que valía para ello. Qué ganas de que amaneciera el día siguiente, de despertar y plasmar esa sensación en la pantalla del Mac. Aunque también podía contárselo en ese mismo instante a Vanee, que iba unos pasos por delante en su paseo por el Bosquecillo encantado. Con Vanee sí que podía hablar de algo así...

De pronto, su amigo lo miró y levantó una mano con gesto de «alto ahí», se llevó el índice a los labios y se pegó a un tronco. Hoyt hizo lo propio. Entonces Vanee le indicó que asomaran la cabeza por un lado. A la luz de la luna, a siete u ocho metros, distinguieron un par de figuras. Una era la de un hombre con una buena mata de pelo cano, sentado a los pies de un árbol con los pantalones y los calzoncillos a la altura de los tobillos y los gruesos muslos blancos abiertos. La otra, la de una chica con pantalones cortos y camiseta, de rodillas entre sus rodillas, de cara a él. La abundante melena parecía muy rubia a la luz de la luna conforme su cabeza subía y bajaba sobre el regazo del hombre.

Vance volvió a esconderse detrás del árbol y susurró:

—Hostia puta, Hoyt, ¿sabes quién es ése? ¡El gobernador nosequé, de California, el tío que tiene que soltar el discurso en la entrega de diplomas!

La ceremonia era el sábado y estaban a jueves.

—Entonces ¿qué hace aquí? —preguntó Hoyt, un poco más alto de la cuenta, lo que hizo que Vanee volviera a llevarse el índice a los labios.

Acto seguido emitió una risilla desde lo más hondo de la garganta y murmuró:

—Para mí que es evidente de cojones.

Volvieron a asomarse. El hombre y la chica debían de haberlos oído, porque ambos miraban en su dirección.

—La conozco —dijo Hoyt—. Estaba en mi clase de...

—¡Joder, Hoyt! ¡Shhh!

¡Pumba! Algo cogió a Hoyt por el hombro derecho con una fuerza atroz desde atrás y una voz de tipo duro dijo:

—¿Qué hostias os creéis que estáis haciendo, mamones?

Hoyt se dio la vuelta y se encontró con un hombre, bajo pero corpulento, vestido de traje oscuro con una camisa y una corbata que apenas le abarcaban el cuello, más ancho que la cabeza. De la oreja izquierda le salía un cable translúcido en espiral.

La adrenalina y el alcohol hicieron que a Hoyt le hirviera el tronco del encéfalo. Era un alumno de Dupont frente a un simio insolente de algún orden inferior.

—¿Que qué estamos haciendo? —le espetó, rociándolo de saliva sin darse cuenta—. ¡Pues mirar a un puto caramono gilipollas, eso es lo que estamos haciendo!

El hombre lo cogió por los hombros y lo lanzó contra el árbol, cosa que le hizo perder el aliento. Justo cuando el gorililla echaba el puño atrás, Vanee se puso a cuatro patas detrás de él. Hoyt esquivó el puñetazo, que se estrelló contra el tronco, y lanzó el antebrazo contra su agresor (que apenas había empezado a gritar «Hostiiiiiaa» del dolor) con todas sus fuerzas. El hombre cayó de espaldas por encima de Vanee y fue a dar al suelo con un topetazo que emitió un sonido repugnante. Comenzó a levantarse pero se dejó caer. Permaneció tendido de costado junto a una enorme raíz de arce a la vista mientras, con el rostro retorcido, se sujetaba un hombro con una mano cuyos nudillos ensangrentados se veían despellejados hasta el hueso. El brazo que debería haber encajado en el hombro lesionado estaba extendido formando un ángulo grotesco.

Hoyt y Vance, que seguía a cuatro patas en el suelo, se quedaron mirando el vivo retrato del sufrimiento. El hombre abrió los ojos, vio que sus adversarios ya no le atacaban y gimió:

—Brones... brones... —Luego, vencido por Dios sabe qué, retorció la cara en otra mueca ciega y se quedó allí tumbado entre gemidos—: Josdeputa... josdeputa... Los dos jóvenes cruzaron una mirada y, movidos por una única idea, se volvieron hacia el hombre y la chica, que habían desaparecido.

—¿Qué hacemos? —susurró Vanee.

—Correr como cabrones —respondió Hoyt.

Y eso hicieron. Cruzaron la arboleda a toda pastilla mientras troncos y arbustos, flores y follaje restallaban a su lado en la oscuridad y Vanee no dejaba de farfullar cosas como: «Defensa propia, defensa propia... Ha sido eso... Defensa propia», hasta que le faltó el aliento para correr y hablar al mismo tiempo.

Llegaron al margen del Bosquecillo, allí donde lindaba con la explanada del recinto universitario, y Vanee pidió:

—Para... el carro... —Tan corto de resuello iba que le era imposible pronunciar más de dos o tres sílabas sin respirar—. Tú... camina... No hay... que... levantar... sospechas...

Y así salieron del Bosquecillo, a paso tranquilo, sin otro indicio sospechoso que su respiración, más parecida a un par de sierras de mano, y el sudor que los empapaba de arriba abajo.

Vance tomó las riendas.

—No hay —boqueada— que hablar de esto —boqueada— con nadie —boqueada—, ¿de acuerdo? —boqueada—. ¿De acuerdo, Hoyt? —boqueada—. ¿De acuerdo, Hoyt? —boqueada—. ¡Hostias! —boqueada—. ¡Escúchame, Hoyt!

Pero su amigo ni siquiera lo miraba, y mucho menos lo escuchaba. El corazón le bombeaba tanta adrenalina como a Vanee. Sin embargo, en el caso de Hoyt, la hormona se li-